

esta dicha, y el otro nos enseña el camino de alcanzarla, inspirándonos ámbos reconocimiento, amor y confianza.

No por otra razón San Bernardo, que no pierde coyuntura de mostrar los sentimientos de su alma hacia la Madre de bondad, aludiendo al nombre que se la impuso y al socorro que los navegantes reciben de la estrella, ensalza la asistencia que de María podemos esperar, con un rasgo de elocuencia toda divina; pasaje que, siendo demasiado extenso para repetirlo aquí, os lo presentaré compendiado, pero sin alterar su sentido: «Quien quiera que seas, exclama el Santo Padre (SERM. 2, sup. *Missus est*), harto experimentado tienes cuántos peligros te cercan en medio de ese mar tempestuoso del siglo, agitado y combatido por las borrascas, arrastrado por las olas que te llevan hacia todos lados. Si no quieres anegarte, no apartes nunca los ojos del astro cuya luz benéfica calma las tempestades y te guía con seguridad. Si las tentaciones, que son como vientos furiosos, te acometen, exponiéndote á un inminente riesgo de caer, levanta los ojos á la Estrella, invoca el nombre de María, persuadido de que está siempre dispuesta á socorrerte en las necesidades tan apremiantes como ésa en que te hallas: *Respice Stellam, voca Mariam*. Si los arrebatos de la ira, ó los violentos deseos de una avara codicia; si los desarreglados movimientos de una concupiscencia rebelde ponen en peligro de naufragio el débil esquife en que llevas el tesoro de la gracia, *respice Mariam*, recurre á María, que puede apaciguar las tempestades de nuestras pasiones.»

Sólo nos resta, A. H. M., poner nuestra confianza en el dulce nombre de María, tenerlo siempre en nuestros labios y en nuestro corazón, invocarlo en todas nuestras necesidades y en los peligros á que estamos continuamente expuestos; y particularmente, como el mismo San Bernardo dice, hacer manifestación de él en nuestras acciones, imitando las virtudes de la augusta persona que lo lleva. Sería, en efecto, un lamentable desorden servirse de ese nombre santo como de manto para ocultar nuestros desarreglos; sería deshonorarlo si, gloriándonos de pertenecer al número de los siervos é hijos de María, pretendiésemos perseverar impunemente en nuestra mala vida á favor de tan poderoso título. Sería hacerse indigno de las gracias y de la ventura que significa, y atrae sobre nosotros á la vez, si nos avergonzásemos de invocar en público el poderoso nombre de María, ocultando que somos sus devotos. Acordémonos, por último, cristianos, de que, después de la misericordia de Dios y de los méritos del Salvador, es el santo nombre de María nuestra principal confianza en la hora de la muerte. ¡Dichosos nosotros si en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener favorable á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazón su bendito nombre, suplicándola que realice por nuestro bien el fausto augurio que encierra, y conduciéndonos al puerto de la bienaventuranza que os deseo, etc.

HOUDRY.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

TRES SIGNIFICACIONES DEL NOMBRE DE MARÍA.

PRIMERA SIGNIFICACIÓN.—Señora de alta dignidad.

SEGUNDA SIGNIFICACIÓN.—Estrella del mar.

TERCERA SIGNIFICACIÓN.—Piélago de amargura.

Et nomen Virginis, María.
El nombre de esta Virgen es María.
(Luc., 1, 27.)

AL anunciar el Angel San Gabriel á Zacarías el nacimiento del Precursor de Jesucristo, le dijo: «Le pondrás por nombre Juan.» El mismo celestial embajador, encargado de anunciar el nacimiento del Mesías, dice, separadamente á María y á José: «Le pondrás por nombre Jesús.» Podemos creer piadosamente que también el nombre misterioso de María fué puesto á la Santísima Virgen por revelación del Cielo, no siendo aventurado decir de la Madre, como se dice del Hijo, que el nombre le fué dado de lo Alto.

Al octavo día de su nacimiento, hallándose todos sus parientes reunidos alrededor de su cuna, en presencia del padre y de la madre, recibió la hija de Ana y de Joaquín el nombre de María con admiración de todos. Su santa madre, instruída secretamente de los designios del Señor, manifestó que María había de ser su nombre: *Et nomen Virginis, María*. La que había de ser más perfecta que los ángeles y elegidos; la que cuatro mil años antes había sido contemplada con llorosos ojos por el hombre caído desde las alturas del Edén, como el único faro salvador en medio del océano de crímenes, de desgracias y de escollos en que había sumergido á las generaciones que formarían su descendencia; la que había de tener en sus manos los tesoros infinitos de la divina clemencia; la Virgen de Isaías, la celeste Eva que había de lavar la mancha de la Eva pecadora, la más hermosa y pura de las hijas de Israel, la Hija del Padre Eterno, la Madre del Eterno Hijo, la Esposa del Espíritu Santo, debía efectivamente llevar un nombre distinguido, el más bello de los nombres, exceptuando el de Jesús. Ese nombre fué María.

El fin que Dios se propuso al dar á María tan misterioso nombre, dice el Padre Dupont, fué manifestar, con una sola palabra, la digni-

dad y admirables perfecciones de la augusta Virgen; mas siendo éstas numerosísimas, necesitábase un nombre que tuviese en varias lenguas muchas y diferentes significaciones. María quiere decir: 1.º En lengua siriaca, *Señora de alta dignidad. Mandadora del pueblo*; 2.º en hebreo, *la que es iluminada, ó ilumina á otros, ó Estrella del mar*; 3.º María significa también *Pielago de amargura*. No enumeraremos otras significaciones, porque estas tres solas indican exactamente los principales aspectos bajo que debemos considerar á María.

PRIMERA SIGNIFICACIÓN.

SEÑORA DE ALTA DIGNIDAD.

I. María significa Señora, Soberana y Mandadora. Con justo título, dice San Pedro Crisólogo, es llamada María Señora y Soberana, puesto que debiendo ser Madre del Soberano, Dueño y Señor del universo, tenía que ser elevada sobre todas las criaturas. Así lo piensa también San Buenaventura: «El nombre de María, dice el Doctor Seráfico, significando Soberana, corresponde admirablemente á la Santísima Virgen que es Señora y Soberana de los ángeles, de los querubines, de los serafines, de quienes, como de los demás espíritus celestes, recibe todo honor y alabanza. Es asimismo Soberana de los hombres, porque las almas fieles acuden á María para obtener por su mediación las mercedes que necesitan. ¡Cuán provechoso es para nosotros el tener tal Reina, Señora tan liberal y benéfica, y cuya protección es tan poderosa y eficaz con su divino Hijo! Los justos acuden á María para obtener el acrecentamiento de la gracia y el dón de la perseverancia, é invócanla también los pecadores para alcanzar arrepentimiento y el perdón de sus culpas. María es, finalmente, dominadora de los demonios, porque tiene sobre las huestes infernales un poder soberano, reprimiendo el furor de ellas con su autoridad, abatiendo su orgullo, haciendo inútiles sus acometidas, y rompiendo los lazos que tienden á los hombres.» En el principio del mundo se prometió que la Santísima Virgen tendría el poder de aplastar la cabeza de la infernal serpiente, destruyendo su reinado.

Ya veis, A. H. M., de qué manera ha constituido Dios á María Dueña y Soberana del universo, principalmente en el día de su triunfo en que principia su maternal gobierno en el Empíreo. ¿No entra, en efecto, con su carácter de Reina, y de Reina Todopoderosa, este día en su nuevo reino? ¡Oh! ¡Qué espectáculo presenciaron entonces, no los habitantes de la tierra, indignos de tan preciosa distinción, sinó las legiones inmortales de la celestial milicia! Desde la Ascensión de su divino Rey, no habían visto cosa más admirable que la Asunción de María. Hablo según las Santas Escrituras, interpretadas por los San-

tos Padres. Ved cómo se lanzan multitud de ángeles, saliéndola al encuentro á contemplar con asombro una hermosura que excede á la de ellos, un resplandor que llega casi á deslumbrarlos. Oid cómo se preguntan mutuamente, diciendo: ¿Quién es esta incomparable criatura, que de regiones apartadas levanta su majestuoso vuelo hacia nosotros, sostenida por su amado, rebosando aromas y delicias...? Pero decidme, Angeles de Dios: ¿Qué descubris en esa humilde Virgen, capaz de excitar vuestra admiración, acostumbrados como estáis á las bellezas celestiales? ¿Sobrepuja, acaso, su esplendor al rutilante brillo del astro de la noche, que reina en el firmamento en ausencia del astro del día? ¡Ah! Ya escucho vuestra respuesta: La luna, me decís, es peana de sus piés: *Luna sub pedibus ejus*. ¿Brilla más, por ventura, que esos cuerpos luminosos, esas grandiosas estrellas, con que la mano del Omnipotente ha adornado la puerta de los Cielos? Doce estrellas, las más resplandecientes, contestáis, forman una corona digna apenas de su cabeza; *Et in capite ejus corona stellarum duodecim*. Pero á lo menos os replicaré, Angeles santos, no sobrepujará al mismo sol. ¿Puede acaso esparcir esa criatura humana el fuego y la luz que arroja ese volcán inmenso? ¡Ah! me respondéis: El sol que eclipsa todas las luces con su luz gloriosa, apenas si la sirve de manto; *Mulier amicta sole*. ¿Lo oís, H. M.? Y oyendo lo que los ángeles dicen de María, ¿no reflexionáis que si tales son los adornos, si tal es el ropaje, ¿cuál será el poderío de la persona que así se viste y engalana? ¿Qué debe pensarse, en efecto, de ese rostro casi divino, de esos ojos con los que nada en el universo se puede comparar; de esa frente, con cuya serenidad parece sombría la del más hermoso cielo? ¡Qué puede decirse de esa alma purísima, imagen fiel de la del mismo Dios, en que se reflejan, como en un claro cristal, la santidad del Padre, la sabiduría del Hijo, y la caridad del Espíritu Santo, toda la perfección y belleza, por decirlo así, de la Santísima Trinidad?

Poco tengo que añadir acerca del poder de María, que vosotros, C. O., no podáis deducir de lo que me habéis oído. Al entrar triunfante la Virgen en la celestial Sión, ve á todos sus habitantes postrados delante de Aquel á quien llevó en sus entrañas: á los veinticuatro Ancianos que representan la Iglesia de los predestinados, depositando sus coronas á los piés de El; á los Angeles de todos los órdenes, dando en su presencia señales de profunda adoración, y al mismo Jesucristo en lo más alto de los Cielos, sentado en un trono que despide sin intermisión relámpagos y rayos, á la diestra de su Padre, en medio de un mar de inaccesible luz. Desde allí dicta sus leyes al universo todo, regula según su voluntad soberana todo lo que los ciegos mortales atribuyen á la casualidad, á la fatalidad, á los cálculos y combinaciones; é inutilizando los proyectos y esperanzas de sus enemigos, trueca los obstáculos en medios, hace servir la mentira al triunfo de la verdad, y al de la virtud las pasiones criminales más violentas. Al lado del Hijo de Dios, ocupa el puesto su bienaventurada Madre, anegada en los rayos de su gloria, y participando del poder y de los

homenajes que se le tributan: *Astitit Regina à dextris tuis* (Ps. XLIV., 10); poder de que el Hijo omnipotente quiere que su Madre sea revestida en cuanto lo permite la capacidad de una simple criatura. Jesucristo glorioso eleva en consecuencia á María, en calidad de Madre suya, no sólo sobre los Santos, sinó también sobre las gerarquías de Angeles y Potestades celestes. Quiere que todos la obedezcan, reconociéndola por su Soberana. Nómbrala Mediadora de los hombres cerca de El, protectora de su Iglesia, árbitra de los reinos y de los imperios, prometiéndola no desechar nunca alguna de sus demandas. Paréceme estar oyendo al verdadero Salomón, dirigir á María las tiernas y solemnes palabras dirigidas en otro tiempo á Bethsabé: Pedid, Madre mía, cuanto queráis; porque no puedo negar cosa alguna á aquella que me ha dado la vida. En medio de la gloria que me rodea, soy aún hijo vuestro, así como Vos seguís siendo mi Madre. Hablad, y al poder de vuestra voz, mi indignación apaciguada se trocará en clemencia; pondré mis ojos de misericordia en aquellos por quienes os intereséis, y mis ángeles volarán en auxilio de vuestros fieles devotos. A petición vuestra suspenderé mis rayos, apartaré mi azote de la tierra, desarmaré á la muerte y encadenaré al demonio, cerrando las puertas del infierno y abriendo las del Cielo. Sed, Madre mía, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, fortaleza de los débiles y recurso de los desgraciados. Pedid, y seréis oída hasta el punto de que la eficacia de vuestra intercesión pruebe á todo el mundo lo ilimitado de vuestro poder.

¡Grandes son los socorros y grande la protección que podemos prometernos de parte de la Virgen Santísima desde que habita en la gloria junto á su Divino Hijo. Todo, en efecto, lo puede obtener de El: el perdón de los pecadores, la curación de los enfermos, la libertad de los cautivos y la salvación de los más desesperanzados.

Pero siendo María nuestra Reina, ¿no es merecedora de nuestras alabanzas y de todo nuestro amor? Si es nuestra Soberana, dejémosla que dirija nuestro corazón, deseando por nuestra parte vivir bajo su gobierno tan cariñoso y sabio, para que un día veamos premiada nuestra docilidad en la bienaventuranza.

SEGUNDA SIGNIFICACION.

ESTRELLA DEL MAR.

II. María es llamada justamente *Estrella del mar*, la que es iluminada é ilumina á otros. Porque es verdaderamente, dice San Buenaventura, una estrella brillantísima, en razón de la vida extraordinariamente pura que tuvo, exenta de toda imperfección. Es estrella que esparce por el mundo el más bello y resplandeciente rayo de luz, al

poner en él á su Divino Hijo. Es estrella utilísima, en cuanto guía nuestros pasos hacia la Patria celestial, sirviéndonos como de brújula en el tempestuoso mar de este siglo, hasta llevarnos á la gracia del Salvador, que es el puerto del Paraíso. Es estrella radiante por los beneficios de su misericordia, que alumbrá á infinitas almas en la noche de los tiempos, á la manera de aquella columna de fuego que alumbraba á los hijos de Israel en el desierto. Es María, en fin, estrella brillante por la plenitud de gracia que la inunda en esta vida, y por la inefable gloria de que goza en el Cielo; gloria superior, sin disputa, á la de todos los Santos, los cuales, como resplandecientes estrellas, adornan en derredor por toda una eternidad el trono del Altísimo.

A estas magníficas frases del Seráfico Doctor, añadamos que María, al modo que la estrella del Norte guía al desamparado navegante á la tierra patria, nos dirige también continuamente al Cielo si no dejamos de mirarla, siguiendo los edificantes ejemplos de virtud que nos ha dejado á su paso por la tierra, que forma como el tejido de su vida. ¡Qué ternura la de María en su piedad! La gracia condujo sus primeros pasos al templo del Señor. Educada allí y nutrida á la sombra del Santuario, preservó su tímida inocencia de los riesgos del siglo, no permitiendo á la flor de sus años más testigos que los ojos de Dios que la veían crecer y desarrollarse. En aquel sagrado asilo, la oración formaba las delicias de su infantil corazón, y absorta luego en la contemplación de las cosas celestiales, y apresurando con sus suspiros la venida del Libertador del mundo, se hacía más y más digna de ser la Madre del mismo Libertador, preludiando su altísimo destino.

Quisiera, H. M., que el tiempo me permitiera hablaros de su viva fe, de su prodigiosa humildad, de su límpida pureza, de su caridad ardiente, de su constancia heróica y de otras muchas virtudes que la hacen para nosotros el más perfecto modelo; virtudes que, como una antorcha, pueden alumbrar nuestro camino y llevarnos con seguridad al Cielo. Pero ya que otra cosa no me sea posible, me limitaré á repetiros que María es con toda verdad y precisión, *Estrella de luz*.

TERCERA SIGNIFICACION.

PIÉLAGO DE AMARGURA.

III. ¿Qué nombre podía convenir mejor á la Madre del Dolor, á la que la Iglesia honra con este título, destinada como estuvo á ser Madre de aquel á quien el Profeta llama *Varón de dolores*, asociándose á su Pasión dolorosa? ¿Qué nombre la convendría mejor que el de

piélagos de amargura? Nadie con título más legítimo pudo llamarse nunca mar de amargura y océano de dolores. La Pasión de Jesucristo principió al salir del seno de su Madre, dice San Pablo: luego el martirio de la Madre tuvo comienzo, por igual razón, en su misma maternidad. Instruida interiormente de los designios de la Providencia sobre su querido Hijo, sintió desde entonces que su vida había de saturarse de hiel y ajénjo. Jesús, el hijo anunciado tantas veces y por tanto tiempo, esperado como el más rico presente que el Padre de las misericordias podía hacer al mundo, apenas hubo puesto el pié en esta tierra de maldición, cuando experimentó ya las más crueles contradicciones. Viene á los suyos, dice San Juan, á aquellos por quienes venía principalmente; y ellos, sin querer reconocerle, se negaron á recibirle, hasta el punto de obligarle á nacer en un establo, abandonado como el más pobre y miserable de los niños. ¿Qué sucedía en vuestra alma, oh la más sensible de las madres, mientras le envolvíais en toscos paños, poco á propósito para resguardarle de las injurias de la estación rigorosa, y le acostabais en un pesebre, en el pesebre que fué su primera cuna? ¿Qué pasaba en vuestro corazón cuando el cruel Herodes hacía las más exquisitas diligencias para degollar á Jesús á vuestra propia vista? ¿Qué sentíais cuando, para ocultar vuestro querido hijo de tan celoso y sacrílego furor, os fué necesario huir pobre, sin recursos, sin defensa, á país extranjero, á una tierra idólatra?

Acabaron á su debido tiempo los horrores y angustias de la expatriación; pero las penas de María no acabaron. Regresa á Nazaret, donde sus dolores se hacen de día en día más agudos. Vive allí sola con su Hijo; pero observad la perpetua ocupación de su alma. No puede poner los ojos en Jesús sin sentir renovarse dolorosamente la llaga de la revelación, que el anciano Sacerdote hiciera. Esta sagrada cabeza, pensaba María, la verá coronada de penetrantes espinas; este divino rostro que los ángeles adoran, he de verlo yo herido con viles bofetadas y escupido por sucias y sacrílegas bocas. Y verá la tuya, oh Hijo mío, bañada de hiel y vinagre, y tu cuerpo augusto ensangrentado por los crueles azotes; y tus bienhechoras manos y tus sagrados piés taladrados y clavados en la cruz.

A pesar de sus tiernos y asiduos cuidados, pierde María á su Hijo de doce años. Apercíbese de ello á la entrada de la noche, después de una jornada larga y fatigosa, y le busca, pidiendo noticias de él á todo el mundo, sin hallar persona que pudiera dárselas. ¡Mortal aflicción para una tierna Madre! ¡Qué oleadas de pensamientos, á cual más desgarradores, vienen á conturbar su pecho! Olvidada de su propio descanso y de la necesidad de alimentarse, toma de nuevo el camino de Jerusalén, sin arredrarse ante los peligros de un viaje nocturno. No se detiene, no se para, no hace alto ni por un instante, buscando, inquiriendo, informándose de todos; pero ninguna luz de esperanza viene á tranquilizar su maternal angustia. Tres días trascurren en inútiles investigaciones. ¡Tres días, Dios Eterno! ¡Cuán

largos debieron parecer á la afligida Madre! No me detendré en detallar todo lo que María hubo de padecer durante la vida pública de su Hijo, al saber, y aún al ver por sus propios ojos, las contradicciones, los vejámenes, los desprecios de que le llenaban á cada instante sus enemigos; las atroces calumnias que referían para desacreditarle; los ultrajes de que le llenaban, hasta tratarle de impostor, de enemigo de Dios, de blasfemo y de poseído del demonio; los lazos que le tendían sin cesar, y los conciliábulos deicidas que formaban para quitarle de en medio; todo esto lo pasaré por alto, porque semejantes pormenores me llevarían muy lejos. Paso, pues, desde luego, á la Pasión dolorosa de Jesús, que es también la Pasión dolorosa de María.

La muerte del Salvador está ya decretada. Vendido por uno de sus discípulos, ha sido preso, encadenado y arrastrado por las calles de Jerusalén, en medio de la gritería del populacho ebrio de furor, á la presencia de jueces apasionados, que tienen pronunciada sentencia de muerte antes de oírle. Apenas le ven delante de sí, le condenan como á un criminal al último suplicio, entregándolo durante el resto de la noche á las injurias y burlas de gente vil y grosera. María sigue como puede, á Jesús en sus dolorosas estaciones, donde se informa de lo que se le hace padecer. Cada golpe que se descarga sobre la persona del Hijo, hiere al mismo tiempo, y de la manera más sensible, el corazón de la Madre. Llega por fin la hora de los perseguidores y del príncipe de las tinieblas. Los discípulos de Jesús huyen, y hasta sus más íntimos amigos le abandonan. Miradle entre malvados, como el Profeta lo había previsto, atado cruelmente como un criminal público, magullado el rostro por las bofetadas, manchado con las salivas; reducido, en fin, al estado de la más profunda humillación. Y su Madre ¡oh dolor! le ve en tan lastimoso estado. Su Madre le ve llevando en sus hombros, trabajosamente, una pesada cruz. Su Madre le ve desnudo, cubierto de sangrientas llagas desde la planta del pié hasta el vértice de la cabeza, vacilando, cayendo y levantándose, mientras los sayones blasfeman y descargan golpes sobre la víctima. Madres que me oís, decid vosotras lo que padeceríais si vieseis tratar de este modo al hijo de vuestras entrañas á quien más amarais: decidlo vosotras, que expresaréis mejor que yo lo que la Madre de Jesús hubo de padecer. Pero no perdamos de vista á la afligida Virgen. Con su Hijo sube al lugar del suplicio y le ve tendido en la cruz, y oye los golpes del martillo que hiere los clavos con que atraviesan sus manos y sus piés, y vé levantar la cruz en alto y dejarla caer de golpe en el hoyo abierto de antemano: María contempla, en fin, á su adorable Hijo, pendiente, con cuatro enormes llagas, entre la tierra y el cielo, poseído de las más crueles angustias y bañado en su preciosa sangre. Este doloroso espectáculo dura algunas horas, hasta que la muerte viene á cambiarlo. La Madre presencia la agonía del Hijo, y le ve espirar, manteniéndose en pié junto á la cruz. ¡Oh Madre! ¿A quién os compararé? exclamaré aquí con Jere-

mías, con el Profeta de las Lamentaciones; vuestro dolor es un vasto océano lleno de amargura: *Magna est velut mare contritio tua.*

Oportuno es, H. M., os recuerde que nosotros con nuestra ingratitude hemos contribuido á acrecentar las amarguras de nuestra Madre y á hundir más en su corazón la dolorosa espada predicha por el anciano Simeón. Cada vez que hemos consentido en el pecado, causa de los padecimientos de Jesús, aumentamos los dolores de María. Si queremos, pues, consolarla, desterremos de nuestra alma la culpa y amemos tiernamente á Jesucristo.

Ahora comprenderéis, A. H. M., qué es lo que significa, qué quiere decir el nombre de María; ahora conoceréis si merece nuestro respeto y nuestro amor. El Santo Nombre de María era en otro tiempo tan venerado en algunas naciones, que se había prohibido á las mujeres el usarlo, del mismo modo que lo está á los hombres el llevar el nombre de Jesús, como si se temiese profanarlo. Alonso IV, rey de Castilla, estando para casarse con una joven infiel, manifestó que sólo la aceptaría por esposa con la condición de que en el bautismo que iba á recibir, no tomase el nombre de María. Casimiro I, rey de Polonia, desposado con María, hija del duque de Rusia, exigió que la princesa cambiara de nombre, siguiendo la costumbre establecida en aquel reino, de no usar las mujeres el nombre de María. Este uso no subsiste ya en ninguna parte; al contrario, hombres y mujeres toman hoy el nombre de María, por amor y reverencia á la Madre de Dios, y á fin de ponerse de una manera especial bajo su patrocinio. San Esteban, rey de Hungría, no menos célebre por su filial devoción á la Santísima Virgen, que por las relevantes cualidades que llevó consigo al trono, tenía tan profundo respeto á ese sagrado nombre, que no osaba siquiera pronunciarlo, dándola ordinariamente el de *Gran Señora*. Sus súbditos, á ejemplo suyo, la llamaban del mismo modo, y si sucedía que en presencia de ellos se pronunciara el Santo Nombre de María, postrábanse inmediatamente de rodillas, inclinándose hasta el suelo, para demostrar la veneración que profesaban á tan augusto Nombre.

El bienaventurado Hermann, como refiere Surio, nombraba, por el contrario, con muchísima frecuencia á María Santísima, experimentando efectos prodigiosos. Cuando quedaba solo en su celda se ponía de rodillas, y en esta actitud devota, complacíase en repetir: ¡María, María! Un amigo suyo, poseído como él del amor á la Reina de los Cielos, le encontró en uno de estos momentos que consagraba á la honra del nombre de su querida Madre; y sorprendido al ver que permanecía largo tiempo abismado en una especie de éxtasis, le preguntó: —¿Qué haces? ¿Qué sentimientos te animan?—Cojo, contestó Hermann, con increíble consolación, los deliciosos frutos del Nombre de María. Pronunciándolo, me parece que todas las flores con sus más exquisitos aromas se reúnen en derredor mío para embalsamar el aire, mientras que una virtud desconocida inunda mi corazón de gozo celestial. Descanso aquí de mi trabajo, olvidando todas las amarguras de la vida. Quisiera, á serme posible, permanecer siempre en esta situa-

ción, no cesando jamás de repetir el Santísimo Nombre de María.

Con razón, A. H. M., se expresaba así este gran siervo de Dios; porque el nombre de María trae consigo un no sé qué de suave y de consolador, que encanta y arrebata. Nos habla de amor siempre, en términos, que no desciende á nosotros sinó sobre las graciosas alas del perdón y la clemencia; pero nos habla un idioma cuyos acentos no pueden repetirse. ¿Queréis un antídoto contra todos los males de la vida? En el Nombre de María lo hallaréis. En cuanto lo hayáis puesto en vuestros labios, el pensamiento que os molesta huirá de vuestra alma; y el abrasador huracán, y el rugido de la tempestad que os amenaza, calmarán seguramente al refrigerante aliento de María. ¡Oh dulce Nombre! Siempre te invocaré, como nombre lleno de atractivos y de encanto: te amaré hasta el último suspiro, como nombre que llena el alma de esperanza infinita, de calma deliciosa, de confianza inefable é ilimitada. ¡Oh sagrado Nombre de María, sé para siempre mi fortaleza, mi consuelo, mi esperanza y todos mis tesoros! ¡Con respeto, con gratitud, con el alma llena de confianza, con el corazón lleno de afecto, quiero pronunciarlo!

¡Oh María! Ahora puedo decir que os conozco. Sois mi Soberana, y por lo mismo os prometo ser en adelante vuestro más fiel y obediente súbdito. Sois mi Señora y dueña, mi guía y mi luz: propongo ser vuestro siervo fiel, y seguir vuestras lecciones caminando al resplandor de vuestros ejemplos. Desde ahora quiero desagruar vuestro corazón, afligido por tantos pecados, con una sincera y pronta penitencia, procurando consolaros con la imitación de vuestras virtudes. ¡Ojalá pueda, después de haber invocado toda mi vida vuestro delicioso nombre, pronunciarlo á la hora de la muerte, poniendo en él toda mi esperanza, y exhalar el último suspiro repitiéndolo con mis labios moribundos! Vuestro nombre santísimo será para mí, en aquel trance, prenda segura de la bienaventuranza eterna.

LADEN.